

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

IX.- ENCUENTRO EN MEDIO DE LA TEMPESTAD

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS.

Durante este Ciclo Pastoral seguimos orando sobre diferentes encuentros con el Señor, porque nosotros queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él, porque el Señor siempre sale a nuestro encuentro, se hace el encontradizo porque nos ama.

Los encuentros son necesarios para la vida humana. Toda persona ha llegado a ser lo que es, en buena medida, por los encuentros que se han producido en su vida. Todo encuentro termina por enriquecer a la persona, aunque sean encuentros desagradables, porque todo encuentro afecta a lo más íntimo de la persona humana. El encuentro es un proceso que cambia a los que se encuentran. Después de un encuentro, soy distinto de como era antes.

Para poder encontrarme con el Señor necesito darme cuenta de que Dios me llama por mi nombre, que ha pensado en mí desde toda la eternidad y se dirige “a mí”, personalmente. La fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Como dijo el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, n. 1).

Y como dice el Papa Francisco en “*Evangelii gaudium*” 3: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él.”

A veces, el encuentro con el Señor reviste un carácter de “lucha”, como vimos, el año pasado, en el primer retiro que le ocurrió a Jacob. Otras veces, es en ese encuentro con el Señor cuando descubrimos nuestra vocación personal, como en el caso de Gedeón, en el segundo retiro. En otras ocasiones, el Señor nos provoca para hacer salir de nosotros una respuesta de verdadera fe, como la mujer cananea en el tercer retiro.

Y otras veces, el encuentro con el Señor se produce en el contexto de una tranquila conversación en la noche, como vimos que le ocurrió a Nicodemo, en el cuarto retiro. También el encuentro con Jesús es posible para quienes parecen estar excluidos y apartados de la sociedad, como le ocurrió al endemoniado de Gerasa; o atraviesan situaciones de profundo dolor y sufrimiento, como la viuda de Naín; o para quienes, por diferentes circunstancias personales o sociales, nos parece que están más alejados de Él, como la mujer pecadora o el centurión romano, en el último retiro.

Y como veremos hoy, el encuentro con el Señor es posible aun estando en medio de una tempestad, en medio de los contratiempos, incluso de los más graves problemas y situaciones que puedan aquejarnos en lo personal o en lo social.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en los retiros del año pasado?
- ¿Qué interpretación doy yo al milagro de la tempestad calmada?
- ¿Qué tempestades me azotan, o azotan mi entorno?

JUZGAR – Mc 4, 35-41:

Aquel día, al atardecer, les dice Jesús: «Vamos a la otra orilla». Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba en popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?».

Se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio, enmudece!». El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: «¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?». Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: «¿Pero quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!».

LA TEMPESTAD

Después de haber estado ese día enseñando a la gente por medio de parábolas, Jesús decide marchar a la otra orilla del lago. Los Discípulos lo siguen, se embarcan con Él y se ven envueltos en una situación de peligro, representada por la tormenta que estalla de repente, cosa por otra parte frecuente en el lago de Genesaret. Y Jesús obra el milagro de calmar esa tempestad.

Pero no podemos quedarnos en una lectura “milagrera” de este hecho. Los Evangelios fueron escritos desde la fe y la experiencia pascual de los Apóstoles y primeros cristianos, y por eso hemos de descubrir en este hecho unos niveles de lectura más profundos.

El primero es un nivel cristológico: el prodigio es realizado por Jesús **para suscitar y confirmar la fe de sus Discípulos en Él**. Por eso les pregunta: **¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?** Es a la fe adonde orienta este hecho milagroso, como indica la pregunta final que se hacen los Discípulos: **¿Pero quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!**

El milagro de la tempestad calmada viene a ser un signo de la divinidad de Jesús que se revela como Encarnación de Dios, que es el único que puede dominar los elementos de la naturaleza.

El segundo nivel de lectura es el eclesial: desde siempre, en el grupo de los Discípulos que reman desesperadamente **en la barca zarandeada por la tempestad, se ha visto una imagen de la Iglesia**. Si no zozobra en las borrascas es porque Jesús va con ella en la travesía, aunque a ratos no captemos los signos de su presencia y creemos que Dios “duerme”, dejándonos solos ante el peligro.

Muchas veces, pero más aún en este tiempo de pandemia, nos sentimos como los discípulos en el Evangelio. Fácilmente nos identificamos con ellos porque ellos están cumpliendo lo que Jesús les ha pedido, que lo llevaran en la barca a la otra orilla, pero en un momento dado **se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua**. Nosotros a menudo nos sentimos así, tratando de hacer lo que Jesús nos pide, bregando y bregando, procuramos vivir con coherencia nuestra fe en Él, pero sufrimos la sacudida de muchas olas, y ahora la fuerte tempestad del coronavirus, y nos parece que, a pesar de nuestras súplicas, Jesús duerme, como entonces durmió en la barca.

Y es cierto que Jesús dormía en la barca, pero más dormida estaba la fe de sus Discípulos. Y esto se repite en sus discípulos de todos los tiempos, también en nosotros. Seguir a Jesús es arriesgado; eso es, sin duda, lo que este hecho nos recuerda. Pero la poca fe de los Discípulos, como la nuestra, se traduce en miedo y nos parece imposible mantenernos a flote.

Reconozcamos que, cuando las dificultades aprietan, nos cuesta confiar. Sabemos que Jesús está junto a nosotros, pero quisiéramos que las aguas no estuviesen tan agitadas y gritamos asustados: **Maestro, ¿no te importa que perezcamos?**

Es una constante de la vida de la Iglesia, zarandeada dentro y fuera de su seno por las fuerzas del mal, mientras Jesús parece como si no se enterara, y nosotros importunándole con preocupación y angustia. Debido a nuestra poca fe, ante los problemas nos ponemos nerviosos, pero Jesús no falla. Él guía siempre a su Iglesia, lo mismo en tiempo de calma que de crisis y adversidad. Cristo lo prometió y lo cumple.

Para la reflexión:

- Si hubiera estado en esa barca, ¿cómo habría reaccionado?
- Ante alguna “tempestad” que me ha afectado, ¿he tenido experiencia del poder de Dios?
- ¿Qué “tempestades” azotan a la Iglesia? ¿Qué signos indican que Él sigue guiándola?

JESÚS DUERME

La única vez, en el Evangelio, en que se presenta a Jesús durmiendo, sucede en una circunstancia en la que, desde nuestro punto de vista, no habría debido abandonarse al sueño. Quizá hubiéramos preferido una narración al revés, en la que el Maestro invita a los suyos a reposar sin preocupaciones excesivas, mientras que Él se preocuparía de velar por ellos y de vigilar los elementos desencadenados. Pero sucede lo contrario: los Discípulos reconviene a Cristo por estar ajeno al drama que los embiste: **Maestro, ¿no te importa que perezcamos?**

En la vida hay momentos de prueba para nuestra fe, similares a los de la tormenta en el lago para los Discípulos: cuando la tempestad nos azota despiadada, cuando la Iglesia de Cristo es perseguida, cuando el dolor nos visita insistentemente, cuando el mal triunfa sobre el bien, cuando sufrimos injustamente, cuando la pobreza, la enfermedad, la desgracia o la muerte hacen acto de presencia en nuestra vida...

Pero hay una prueba para nuestra fe que es muy dura: el silencio de Dios. Cuando más lo necesitamos, parece estar dormido, como Jesús en la barca. Entonces surge espontánea y naturalmente la queja en nuestros labios: **Maestro, ¿no te importa que perezcamos?**

Si nuestro grito es oración, está bien que lo hagamos; pero si el grito brota por desconfianza, duda y falta de fe, tendremos que escuchar que Jesús nos dice: **¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?** Porque la fe en Cristo Crucificado y Resucitado es lo único que puede dar esperanza, y a veces una respuesta, a nuestros interrogantes más angustiosos:

¿Por qué han de sufrir los inocentes? ¿Por qué muere un joven padre o madre de familia? ¿Por qué progresan y se enriquecen individuos sin conciencia mientras gente honrada pasa necesidad y pobreza? ¿Por qué la guerra y el hambre en el mundo? ¿Por qué el egoísmo y la insolidaridad? ¿Por qué la enfermedad, la destrucción de la naturaleza, en definitiva, por qué tanto sufrimiento que azota este mundo?

No es el estilo de Dios intervenir directa y milagrosamente contra el mal o contra “los malos”. Aun sin aprobar el mal, respeta la libertad del ser humano y deja actuar a las causas segundas. Es lícito hacernos esas preguntas e incluso gritar, pero sin perder la fe, sin perder la esperanza. Porque Dios sabe lo que hace, aunque nos parezca que duerme en medio de tantas tempestades.

Para la reflexión:

- Cuando pregunto a Dios “por qué”, ¿lo hago en oración, o con desconfianza?
- ¿He experimentado el silencio de Dios? ¿Cómo lo viví o lo vivo?

¿POR QUÉ SOIS TAN COBARDES? ¿AÚN NO TENÉIS FE?

A los Discípulos les falta confianza, no tienen valor para correr riesgos junto a Jesús. Viven como si Jesús no estuviera en la barca. Pero antes de criticarlos, mirémonos a nosotros mismos.

En nuestra vida cotidiana preferimos casi siempre lo fácil y nos pasamos la vida tratando de eludir aquello que exige verdadero riesgo y sacrificio. Nos echamos atrás cuando descubrimos las exigencias y luchas que lleva consigo vivir con cierta coherencia.

Nos da miedo tomar en serio nuestra vida. Es más fácil acomodarnos e “ir tirando” día a día. De hecho, muchos viven sin preguntarse cómo, para qué, ni hacia dónde. Están ahí, sin más, y que nada ni nadie les moleste. A lo sumo, están ocupados con su trabajo, a la tarde quizá realizan alguna actividad (deporte, yoga...) y por la noche se sientan a ver su serie de televisión favorita. Su mayor planificación es el próximo fin de semana o las vacaciones... pero nada más.

Pero aun llevando esa rutina apacible, se cuele el miedo. Por supuesto, a nadie sorprende que una persona sienta miedo ante un peligro real. La vida conlleva riesgos y amenazas y por eso el miedo es sano, ya que nos pone en estado de alerta y nos permite reaccionar.

Pero lo que resulta extraño es que en nuestra sociedad moderna siga creciendo el número de personas que viven con sensación de miedo, sin motivo aparente. Personas atrapadas por la inseguridad, que se sienten amenazadas por riesgos y peligros difusos, difíciles de explicar. Este miedo hace daño, paraliza a la persona, nos hace vivir de forma rígida, en actitud permanente de autodefensa, sin paz.

Y este miedo nos afecta a todos, también a los creyentes. Y, aparte de otros factores, en bastantes casos el origen de este miedo está en una existencia vacía, una falta abrumadora de sentido y una ausencia casi total de vida interior. Por eso los que nos llamamos creyentes, a la hora de la verdad, ante las tempestades que la vida personal o social nos presenta, respondemos de la misma manera que cualquier otro, con los mismos miedos y desconfianzas que los que no tienen fe ni esperanza, porque no nos hemos encontrado realmente con el Señor. Y esto tenemos que reconocerlo.

Quienes afirmamos que somos creyentes deberíamos sentirnos cuestionados por Jesús: **¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?** Porque quizá nuestro mayor pecado contra la fe, lo que más gravemente bloquea nuestra acogida del Evangelio y su puesta en práctica, sea la cobardía.

Algunos cristianos están muy dispuestos a defender el cristianismo, pero “de boquilla” o como mucho en redes sociales y foros de internet, pero no se abren nunca a las exigencias fundamentales del Evangelio. Seamos sinceros: en general nos da miedo escuchar las llamadas de Jesús y mucho más miedo nos da responderlas y evitamos encontrarnos realmente con Él.

Sin embargo, las tempestades de la vida nos hacen preguntarnos qué clase de discípulos somos. Es muy fácil refugiarse en el calor del templo, en la aparente seguridad de unos rezos y prácticas. Pero si reaccionamos con miedo ante los desafíos de todo tipo a los que nos vemos enfrentados, es porque realmente no nos hemos encontrado con Jesús y no tenemos una base firme sobre la que apoyar nuestra vida.

Y así, convertimos la fe cristiana en un tranquilizante más, un conjunto de cosas que hay que creer y cumplir... una fe cómoda, rutinaria y poco exigente pero “vacía”. Cuando las circunstancias son de “buen tiempo”, en lo personal o social, nos resulta fácil fiarnos de Él, pero cuando la vida, como estamos experimentando en esta época, nos presenta “tempestades y olas”, nos sentimos como los Discípulos: nos entra el miedo y sentimos que nos hundimos.

Nos falta el contenido fundamental, el encuentro con el Señor, sentir su presencia, y por eso el miedo y la amenaza nos siguen acechando. Pero como hemos dicho, hay un miedo “sano”, que nos mantiene alerta; por eso, cuando nos vemos inmersos en una tempestad y sentimos miedo, es el momento de reflexionar: ¿Merece la pena seguir viviendo con miedo? ¿Es vida lo que vivimos cuando estamos angustiados? ¿Tiene sentido que nos resignemos a vivir llenos de miedos y temores, cuando tenemos al alcance de nuestra mano el vivir con esperanza?

Se suele decir que los problemas y las dificultades dan la medida de la valía de las personas, porque en esas circunstancias es cuando se puede saber hasta dónde puede llegar una persona. Lo mismo se puede decir sobre los creyentes: cuando llegan las dificultades es cuando se puede medir la verdadera hondura de nuestra fe, su calidad y su categoría. Porque el creyente, el que se ha encontrado con Jesús y ha puesto su confianza en Él, sabe que a nada ni a nadie tiene que temer; el que confía en Jesús sabe que no hay tormenta que le pueda asustar. Si estamos en manos de quien ha vencido incluso a la muerte, ¿a qué o a quién debemos temer?

Es lógico que, en situaciones difíciles como la provocada por el coronavirus, gritemos en nuestra oración: **Maestro, ¿no te importa que perezcamos?** Y el Señor también nos dice, como a sus Discípulos: **¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?** Porque Jesús, con ese gesto de calmar la tempestad, les está diciendo y nos está diciendo que Él también está con nosotros en medio de las tormentas de la vida, en medio de las situaciones más dramáticas.

El encuentro con Jesús libera del miedo que anida en el corazón humano. La fe cristiana no es una receta psicológica para combatir los miedos, pero la certeza de que Dios es Padre Creador, y el encuentro con su amor incondicional manifestado en su Hijo hecho hombre, que padeció, murió y resucitó por nosotros y por nuestra salvación, ofrecen al ser humano la mejor base espiritual para afrontar la vida con valentía.

Tenemos que recordar que esta fe no exime de penas y trabajos, pero arraiga al creyente en una confianza firme. No estamos a merced del azar, el caos o la fatalidad: en la realidad, aun en medio de las peores tempestades, está Dios, que por medio de su Espíritu nos ofrece su fuerza y su gracia para orientar nuestro ser hacia Él.

Para la reflexión:

- Antes de criticar a los Discípulos, mirémonos a nosotros mismos: ¿en qué me asemejo a ellos?
- En nuestra sociedad moderna sigue creciendo el número de personas que viven con sensación de miedo, sin motivo aparente. Personas atrapadas por la inseguridad, que se sienten amenazadas por riesgos y peligros difusos, difíciles de explicar. ¿Tengo esta experiencia? ¿A qué o a quién tengo miedo?
- Quizá nuestro mayor pecado contra la fe, lo que más gravemente bloquea nuestra acogida del Evangelio y su puesta en práctica, sea la cobardía. ¿Descubro en mí rasgos de cobardía?
- Cuando llegan las dificultades es cuando se puede medir la verdadera hondura de nuestra fe, su calidad y su categoría. Ante alguna dificultad grave, ¿la afronté con fe? ¿Me costó hacerlo?

ACTUAR: ¿PERO QUIÉN ES ÉSTE?

No podemos eximirnos de responder a la pregunta de fondo: ¿Pero quién es éste...? Ese Dios a quien presentamos nuestras peticiones y a veces casi agredimos con nuestras protestas y quejas, ese Dios a quien pedimos cuentas por su silencio, por estar aparentemente dormido, ese Dios en quien decimos creer pero que nos desconcierta siempre... ¿quién es?

Y como es su costumbre, no nos responde directamente, sino que nos devuelve la pelota preguntándonos: ¿Quién soy yo para ti? Y nos fuerza a cuestionarnos sobre nuestra fe, si queremos que sea verdadera fe cristiana y no una simple creencia o, como mucho, “la fe del carbonero”.

¿Quién es Jesús? La respuesta a esta pregunta no se aprende en los libros, ni siquiera en el Catecismo, sino en la experiencia de la vida, en lo bueno y en lo malo, en lo que nos dicta el corazón, en lo que nos sale de lo más hondo de nuestro ser.

Es una pregunta ante la que nuestros conocimientos teóricos y nuestra cultura religiosa se quedan cortos. Única y exclusivamente vale la experiencia vital, porque en la experiencia de cada día es donde realmente se ve en quién confiamos y si Jesús es alguien en nuestra vida, o solamente en nuestras ideas.

Tenemos que preguntarnos si Jesús ocupa la centralidad de nuestra vida, de nuestro amor, de nuestro actuar y de nuestra misión. Porque todavía son muchos los que están convencidos de que ser cristianos consiste en unas cuantas prácticas religiosas, una cierta moral, y poco más. Todavía son muchos los que no han descubierto que ser discípulo de Jesús es otra cosa, una manera de entender y vivir la vida porque nos hemos encontrado con Él.

Ser discípulo de Jesús es, a partir de ese encuentro, hacer una apuesta con la propia vida, es situarse en la vida de una determinada manera. El discípulo de Jesús no se caracteriza por sus prácticas piadosas, sino por su manera de afrontar y vivir la vida, poniendo a Jesús en el centro de todo y por encima de todo lo demás, incluso por encima de todas las tempestades que nos azotan.

Como dijo el Papa Francisco en la fiesta de San Pedro y San Pablo, en esas situaciones dramáticas, nadie se quejaba del mal... Es inútil e incluso molesto que los cristianos pierdan el tiempo quejándose del mundo, de la sociedad, de lo que está mal. Las quejas no cambian nada.

Hoy necesitamos testimonio, pero un testimonio verdadero: no de discursos vacíos que prometen lo imposible, sino testimonios de que el Evangelio es posible. No se necesitan manifestaciones milagrosas, se necesitan vidas que manifiesten el milagro del amor de Dios; no el poder, sino la coherencia; no las palabras, sino la oración; no las declamaciones, sino el servicio. No la teoría, sino el testimonio que cambia la historia.

Jesús es el centro de la vida del creyente, su mayor verdad, su principal certeza, su seguridad más profunda. Y las tempestades nos seguirán sorprendiendo, y muchas veces no sabremos cómo, cuándo, dónde... pero el Señor actuará en nuestro favor y nos ayudará a superar las situaciones difíciles de nuestra vida, porque nos hemos encontrado con Él y Él es fiel.

Jesús no quiere discípulos cobardes, sino con fe en Dios.

Tengo fe en Dios si Dios es el centro de mi vida, de mi amor, por desconcertante o dormido que pueda parecerme en ocasiones.

Tengo fe en Dios, si deposito en Él mi total confianza.

Tengo fe en Dios, si estoy dispuesto a encontrarme y dejarme sorprender por Él, incluso en medio de la tempestad.

Este pasaje del Evangelio nos enseña que el verdadero milagro, más que calmar al viento y al mar, es que caigamos en la cuenta de que toda nuestra fuerza está precisamente en la debilidad humana, y que nuestras posibilidades se juegan en el terreno de la fe, dejándonos orientar por el Señor y confiando en el poder de su Palabra.

Para la reflexión:

- ¿Quién es Jesús? La respuesta a esta pregunta no se aprende en los libros, ni siquiera en el Catecismo, sino en la experiencia de la vida. Desde mi experiencia, ¿qué respondo a esta pregunta?
- Hoy necesitamos testimonio, pero un testimonio verdadero: no de discursos vacíos que prometen lo imposible, sino testimonios de que el Evangelio es posible. No se necesitan manifestaciones milagrosas, se necesitan vidas que manifiesten el milagro del amor de Dios; no el poder, sino la coherencia; no las palabras, sino la oración; no las declamaciones, sino el servicio. No la teoría, sino el testimonio que cambia la historia. ¿Mi testimonio de fe va en la línea que indica el Papa?
- Medito este párrafo: Este pasaje del Evangelio nos enseña que el verdadero milagro, más que calmar al viento y al mar, es que caigamos en la cuenta de que toda nuestra fuerza está precisamente en la debilidad humana, y que nuestras posibilidades se juegan en el terreno de la fe, dejándonos orientar por el Señor y confiando en el poder de su Palabra.

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

IX.- ENCUENTRO EN MEDIO DE LA TEMPESTAD.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en los retiros del año pasado?
- ¿Qué interpretación doy yo al milagro de la tempestad calmada?
- ¿Qué tempestades me azotan, o azotan mi entorno?

JUZGAR – Mc 4, 35-41:

Aquel día, al atardecer, les dice Jesús: «Vamos a la otra orilla». Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba en popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron, diciéndole:

«Maestro, ¿no te importa que perezcamos?». Se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio, enmudece!». El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: «¿Pero quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!».

LA TEMPESTAD:

- Si hubiera estado en esa barca, ¿cómo habría reaccionado?
- Ante alguna “tempestad” que me ha afectado, ¿he tenido experiencia del poder de Dios?
- ¿Qué “tempestades” azotan a la Iglesia? ¿Qué signos indican que Él sigue guiándola?

JESÚS DUERME:

- Cuando pregunto a Dios “por qué”, ¿lo hago en oración, o con desconfianza?
- ¿He experimentado el silencio de Dios? ¿Cómo lo viví o lo vivo?

¿POR QUÉ SOIS TAN COBARDES? ¿AÚN NO TENÉIS FE?

- Antes de criticar a los Discípulos, mirémonos a nosotros mismos: ¿en qué me asemejo a ellos?
- En nuestra sociedad moderna sigue creciendo el número de personas que viven con sensación de miedo, sin motivo aparente. Personas atrapadas por la inseguridad, que se sienten amenazadas por riesgos y peligros difusos, difíciles de explicar. ¿Tengo esta experiencia? ¿A qué o a quién tengo miedo?
- Quizá nuestro mayor pecado contra la fe, lo que más gravemente bloquea nuestra acogida del Evangelio y su puesta en práctica, sea la cobardía. ¿Descubro en mí rasgos de cobardía?
- Cuando llegan las dificultades es cuando se puede medir la verdadera hondura de nuestra fe, su calidad y su categoría. Ante alguna dificultad grave, ¿la afronté con fe? ¿Me costó hacerlo?

ACTUAR: ¿PERO QUIÉN ES ÉSTE?

- ¿Quién es Jesús? La respuesta a esta pregunta no se aprende en los libros, ni siquiera en el Catecismo, sino en la experiencia de la vida. Desde mi experiencia, ¿qué respondo a esta pregunta?
- Hoy necesitamos testimonio, pero un testimonio verdadero: no de discursos vacíos que prometen lo imposible, sino testimonios de que el Evangelio es posible. No se necesitan manifestaciones milagrosas, se necesitan vidas que manifiesten el milagro del amor de Dios; no el poder, sino la coherencia; no las palabras, sino la oración; no las declamaciones, sino el servicio. No la teoría, sino el testimonio que cambia la historia. ¿Mi testimonio de fe va en la línea que indica el Papa?
- Medito este párrafo: Este pasaje del Evangelio nos enseña que el verdadero milagro, más que calmar al viento y al mar, es que caigamos en la cuenta de que toda nuestra fuerza está precisamente en la debilidad humana, y que nuestras posibilidades se juegan en el terreno de la fe, dejándonos orientar por el Señor y confiando en el poder de su Palabra.

CANCIONES:

LA TEMPESTAD CALMADA (Javier Brú)

<https://www.youtube.com/watch?v=ObcT5JfMFr0>

SILENCIO EN LA TEMPESTAD (Hna. Glenda)

<https://www.youtube.com/watch?v=A0w09lr0x5E>

CALMA LA TEMPESTAD (El Cantor D)

https://www.youtube.com/watch?v=5hZ5_XBziVg

